

CONFORMACION DE UN TEXTO DE GRACIAN: EL POLITICO DON FERNANDO

por

JOSE MIGUEL OLTRA TOMAS
Universidad de Zaragoza

Constituye lugar común de la crítica aceptar el conjunto de la obra graciana como expresión cabal de un proceso que conduce de la esperanza al desengaño, reflejo pristino de una evolución coherente del autor, empeñado en dotar a sus contemporáneos y a sí mismo de un modelo de comportamiento en el que la ética cubra las veleidosas contingencias de un mundo a todas luces insatisfactorio. En este proceso podemos asistir a la descomposición del idealismo que alumbró sus obras iniciales, fuertemente erosionado por una presencia cada vez más activa de la nostalgia, el pesimismo, la ironía y el distanciamiento¹.

En las dos décadas justas que van de la aparición de su primera obra, *El Héroe* (1637), hasta la turbulenta edición de la tercera y última parte de *El Criticón* (1657), el profesor de filosofía moral que es Gracián diseña una obra de nítida intención didáctica, con un tono sentencioso y apotegmático que se corresponde con el tiempo que corre. Es el estilo del día. No en balde, el circunspecto jesuita apuesta con fuerza por el estilo que juzga propio de filósofos morales, según nos advierte en la muy conocida cita de la *Agudeza y arte*

¹ Sirvan como representativas las palabras de C. PERALTA («Estudio preliminar. Baltasar Gracián en su vida y en sus obras», en colaboración con M. BATLLORI: Baltasar Gracián: *Obras Completas*, I, BAE, CCXXIX, 1969, p. 65) o de R. SENABRE (*Gracián y «El Criticón»*, Universidad de Salamanca, 1979, pp. 15-16 y 27), para comprender la obra de Gracián como un *corpus* coherente, del que resultaría difícil desgajar un texto concreto sin acudir a la crítica intertextual. La intertextualidad es puesta de relieve, cuanto a *El Político*, se refiere, por A. FERRARI (*Fenando el Católico en Baltasar Gracián*, Madrid, Espasa Calpe, 1945, pp. 401-411) y, de modo muy sintético, por C. PERALTA (*op. cit.*, p. 72). Todas las citas de *El Político* se hacen por B. GRACIÁN, *O.C.I.*, ed. de M. BATLLORI y C. PERALTA, BAE, CCXXIX, Madrid, 1969.

de ingenio, distinguiendo entre dos estilos, redundante o asiático, el propio de oradores, y conciso y lacónico, más digno para la filosofía moral.

Baltasar Gracián, aragonés y jesuita —dos rasgos cuya impronta afloran permanentes en su escritura—, constituye un magnífico paradigma de coherencia artística, hasta el extremo de que su obra literaria la podemos definir como profundamente autobiográfica, no en cuanto suministra datos externos e históricos —que los hay, diseminados en breves dosis—, sino por el balance interno que podemos establecer de su evolución psicológica, observada su producción en una perspectiva global. Como señala José Manuel Bleuca, en paráfrasis orteguiana, el estilo es el hombre más su circunstancia². Y es el estilo gracianesco el que evidencia incuestionable su trasunto autobiográfico, ese progresivo ceder ante el desencanto, culminando en la sublimación de la apariencia y el desengaño en que se constituye *El Criticón*. Diríase que Gracián, escribiendo su obra magna, contemplaba su entorno barroco en alguno de los espejos poli-formes que se almacenarían en el museo de su amigo y mecenas, el oscense Lastanosa.

Pero no es de su trayectoria literaria, afortunadamente conocida e interpretada, de lo que voy a ocuparme, sino que realizaré una cala en ese discurrir, centrando el análisis en una de sus obras más tempranas, escrita cuando Gracián todavía podía sentir motivos para contemplar con algo de optimismo el panorama político español, antes de que el desprestigio del Conde-Duque se adentrara en un camino sin retorno, hundiéndose en el cenagal de la guerra de secesión, o cuando su indisciplina —visceral al tiempo que racional— provocaba preocupaciones menores en Vitelleschi³.

En 1640, nuestro autor saca de las prensas una obrita breve, aunque densa, titulada *El Político Don Fernando el Católico*⁴, con

² «El estilo de *El Criticón*, de Gracián», AFA, I [1945], p. 7.

³ Para la biografía de Gracián remito fundamentalmente al estudio citado de M. BATLLORI y C. PERALTA, aunque no debemos olvidar los ensayos de A. COSTER («Baltasar Gracián. 1601-1658», *RHi*, XXIX [1913], pp. 347-752), E. CORREA CALDERÓN (*Baltasar Gracián. Su vida y su obra*, Madrid, Gredos, 1970, 2.^a ed. aumentada), A. DEL HOYO («Estudio preliminar», en B. Gracián: *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1967³, pp. XI-CCLXXIX) y V. R. FOSTER (*Baltasar Gracián*, New York, Twayne, 1975), todas ellas obras útiles por la perspectiva global de los avatares gracianescos.

⁴ La edición de Zaragoza, en casa de Diego Dormer, de la que se tenía noticias pero no se conocía ningún ejemplar, fue hallada por el bibliófilo E. ASENSIO («Un libro perdido de Baltasar Gracián», *NRFH*, XII [1958], pp. 390-394), sirvien-

el seudónimo de Lorenzo Gracián, pero con el que nadie podía llevarse a engaño. El título es revelador a medias, puesto que no se trata de una biografía en un sentido convencional, historicista, sino de una defensa apasionada de la razón de Estado:

Será éste [libro]... no tanto cuerpo de su historia, cuanto alma de su política; no narración de sus hazañas, discurso sí de sus aciertos; crisis⁵ de muchos reyes, que no panégeris de uno solo (p. 276, a).

No será preciso entrar en el análisis de la doctrina política de la obra, por extenso estudiada en los ensayos de Angel Ferrari, J. A. Maravall, J. M. Jover y Monroe Z. Hafter⁶. Sin embargo, la configuración de *El Político* no siempre ha sido bien perfilada, por lo que no estará de más resaltar algunos aspectos que puedan contribuir a la fijación de su estructura.

En la apreciación crítica de *El Político*, dos son los aspectos que llaman primeramente la atención sobre la estructura del texto. Uno, comúnmente aceptado, es la sumisión que de esta obra se hace a *El Héroe*, como si ambas fueran indisoluble producto de una voluntad unitaria, causa y efecto de un mismo planteamiento ideológico, y esto ya desde el primer estudio serio que tuvo Gracián. Desde Coster⁷, la obra sobre Fernando el Católico ha sido interpretada como resultado natural del pensamiento formulado en *El Héroe*, concretando en un ejemplo histórico cuanto de abstracto se contiene en la propuesta teórica del héroe político. En cambio, en el *Oráculo manual* (1647) la primitiva configuración del héroe abstracto se propone con un sentido de ejemplaridad divina⁸. Aceptar la

do de base al texto publicado por BATLLORI y PERALTA, *op. cit.*, pp. 271-302, por el que citaré en adelante. La edición facsímil del texto de 1640, con prólogo de A. EGIDO, ha sido editado por la Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1985.

⁵ Para el significado de *crisis*, vid. O. H. GREEN, «Sobre el significado de "crisis(s)" antes de *El Criticón*. Una nota para la historia del conceptismo», *Homenaje a Gracián*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1968, pp. 99-102.

⁶ Es imprescindible el conocimiento del trabajo de A. FERRARI, *op. cit.*, así como los de J. M. JOVER (1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid, CSIC, 1949), J. A. MARAVALL (*Teoría española del estado en el siglo XVII*, Madrid, Inst. de Estudios Políticos, 1948; «Las bases anpológicas del pensamiento de Gracián», *RUM*, XXVII [1958], pp. 403-405) y M. Z. HAFTER (*Gracián and the Perfection. Spanish Moralists of the Seventeenth Century*, Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press, 1966). Para una bibliografía más extensa, remito a BATLLORI y PERALTA, *op. cit.*, p. 66, n. 4.

⁷ *Art. cit.*, p. 472. A. FERRARI observa esta misma unidad (*op. cit.*, pp. 24 y 326).

⁸ PERALTA, *op. cit.*, p. 55, y FERRARI, *op. cit.*, p. 58.

vinculación entre las dos primeras obras de Gracián es necesario desde el momento en que ambas participan de las mismas fuentes y comparten la misma naturaleza. El propio Gracián establece un nexo indirecto, cuando con su característica rotundidad, y sin ningún tipo de prolegómenos, escribe en la obra de 1640:

Opongo un rey a todos los pasados, propongo un rey a todos los venideros: don Fernando el Católico... (p. 276 a).

Insinúa que, con anterioridad, ya se ha ocupado de los reyes, de la figura real, del héroe político por antonomasia; hora es de escoger un modelo⁹. Gracián, para sus lectores iniciados en los asuntos políticos, había dado tres años antes su esquema teórico; la sorpresa no podía ser muy grande, puesto que la encarnación del héroe estaba anunciada con anticipación. Si nos detenemos en esta veintena escasa de palabras, percibiremos algunas de las constantes que configuran el estilo graciano, entendiéndolo por estilo no sólo la construcción formal de un texto, sino también la configuración ideológica, puesto que lenguaje y pensamiento caminan íntimamente unidos en Gracián. Lo primero que nos atrae es la presencia de un verbo a la cabeza del texto, un verbo en primera persona, de contundentes resonancias: *opongo*; a continuación, dulcificará la rotundidad con otro verbo de connotación no tan frontal como el anterior: *propongo*, con lo que pasamos del choque inicial a la posibilidad de una apertura hacia proposiciones lógicas —parasilogísticas, como veremos más adelante—. Por otra parte, Gracián acudirá con abrumadora frecuencia a la colocación del verbo al frente de la oración. Ambos verbos, *oponer* y *proponer*, son formas compuestas de *poner*, con lo que se sitúan en el mismo campo semántico; asimismo, ambos verbos encabezan dos oraciones simples, entre las que sólo es posible establecer el nexo de la yuxtaposición —construcción nada ajena a Gracián—, y que repiten el mismo esquema sintáctico, conteniendo sustantivos idénticos, con lo que el autor resaltará un proceso intensificador, perseguido deliberadamente. De otro lado, la antinomia verbal *oponer/proponer* se refuerza en la no menos significativa *pasados/venideros*, proclamando el autor una reafirmación de lo pretérito (conciencia aragonesa, acentuada por la decadencia española) y su esperanza en el futuro (estímulo inte-

⁹ Ya en *El Héroe*, Gracián encomia a Fernando el Católico de manera redundante, al que aplica el propio lema de «non plus ultra» (*O.C.I.*, ed. cit., pp. 244b y 269b).

lectual que propone). La antinomia es, por otra parte, más ficticia que real, puesto que la aparente divergencia concurre en un mismo sujeto: Don Fernando el Católico. Es la fe depositada en el sujeto la que le induce a anteponer la afirmación de la propia personalidad, como señal diferenciadora frente a ese sujeto, mediante el uso de los dos verbos señalados. Un último detalle que no puede menospreciarse es, en una entonación algo enfática como la que preside el encabezamiento de *El Político*, la apertura del discurso mediante un endecasílabo heroico, muestra, a mi parecer, de la preocupación rítmica que Gracián traslada a su prosa.

El breve texto que encabeza *El Político* tiene, por otra parte, el valor del lema en la literatura emblemática¹⁰: todo el contenido de la obra queda enunciado desde el mismo comienzo, sin dar lugar a que el interés del lector pueda aumentar, en un sentido novelístico si se quiere, conforme van desgranándose las páginas; todo cuanto sigue puede interpretarse como una exégesis del lema, al que no falta su *pictura* ("Fundó Fernando la mayor monarquía hasta hoy en religión, gobierno, valor, estados y riquezas; luego fue el mayor rey hasta hoy", p. 276 b). La sustancia narrativa de *El Político* es, ciertamente, escasa, circunstancia que se acentúa en la pluma del lacónico Gracián. Aún me sigue maravillando la temprana queja de fray Miguel de Dicastillo, en carta a Andrés de Uztarroz, lamentando:

que las acciones y celos de Fernando las haya reducido el autor, siendo tan estudioso, a tanta concisión y cultura¹¹.

O Dicastillo no entendió el propósito de Gracián, o... el mamotreto que hubiera escrito el autor de la carta si se pone en el empeño.

El segundo aspecto que indicaba con anterioridad tiene algo que ver con cuanto he apuntado en las líneas de más arriba: la crítica ha percibido el entramado discursivo, bien como reflejo de un en-

¹⁰ Matizaciones importantes merecen las palabras de A. FERRARI (*op. cit.*, pp. 65-66) cuando minimiza la influencia en Gracián de la literatura emblemática; por supuesto, ninguna muestra de esta literatura le sirvió de base para la redacción de sus obras tipológicas, pero sí recurre el jesuita a abundantes representaciones ideográficas, que operan directamente en el texto; quede para otra ocasión el estudio de tal influencia, pero piénsese en el valor simbólico polidimensional que toma, por ejemplo, el uso del águila, de amplia herencia literaria, en *El Político*, p. 279b.

¹¹ R. DEL ARCO, *La erudición española en el siglo XVII y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*, I, Madrid, CSIC, 1950, p. 194.

sartado sin excesivo sentido, bien como meditado ejemplo de una estructura férrea y sutil. Dos apreciaciones que presentan divergencias profundas, pues mientras la crítica primera vincula *El Político* a una estructura sermonaria y declamatoria, imaginando a Gracián subido en el estrado de alguna academia aragonesa¹², la segunda crítica entronca el ensayito sobre Fernando el Católico en una extendida tradición quintuplicista, de extracción escolástica¹³.

Sin duda, la voluntad graciana de ocultar no sólo las fuentes, sino también las formas, inducen a una percepción desordenada de la estructura propuesta. Pero no podemos olvidar que la materia tratada por Gracián contribuye decisivamente a desdibujar los perfiles constructivos, como si de ocultar las líneas arquitectónicas de una fachada de iglesia de la Compañía se tratase, imponiendo la estética barroca de la apariencia y el engaño, la línea curva y el escorzo. En Gracián subyace el entramado constructivo apuntado por Ferrari, pero su gusto barroco le conduce a la ocultación deliberada, para deleite de los inteligentes y desconcierto de los demás¹⁴.

La materia tratada, señalaba anteriormente, es bastante delgada, magra, sin apenas posibilidades de desarrollo orgánico, según el modelo elegido por el autor: construir una biografía valorativa y

¹² COSTER (*art. cit.*, pp. 477-478) fue el primero en señalar el ensartado, ya que «l'ouvrage ne soit qu'un long dithyrambe qui se termine par un Amen!, comme s'il s'agissait d'un sermon». Parecida es la opinión de E. SARMIENTO («Introducción y notas para una edición de *El Político*, de Gracián. Apuntes», *AFA*, IV [1952], p. 188) y E. CORREA (*op. cit.*, p. 152).

¹³ Desde el fundamental estudio de FERRARI (*op. cit.*), en que se fija la estructura como compenetración de los esquemas quintuplos aretelógico y antropomórfico, de donde derivarían cincuenta determinantes (pp. 175-179), muchos son los críticos que aceptan las propuestas de FERRARI. Así, A. DEL HOYO (*op. cit.*, pp. CXXXVIII-CXLII) o C. PERALTA (*op. cit.*, pp. 58-60 y 67-69). Incluso la excelente edición de BATLLORI y PERALTA está determinada por la estructura quintuple señalada por FERRARI.

¹⁴ Sin embargo, cierta prudencia permite comprender la postura de quienes propugnan el ensartamiento, dado que la división quintuplicista propugnada por FERRARI no aparece con toda la nitidez que BATLLORI y PERALTA trasladan a su edición. Varios son, a mi parecer, los motivos que contribuyen al ocultamiento de la estructura del texto: la reiteración en el uso de figuras históricas (César, Alejandro, Carlomagno..., ya desde *El Héroe*), la redundancia de máximas y aforismos, la propensión a paralelismos sintácticos e ideológicos, el constante procedimiento comparativo usado, el exceso de sutileza gracianista con pretensiones de claridad, etc. No debemos olvidar que Gracián escribió un texto compacto, sin divisiones externas; por otro lado, la tendencia al quintuplicismo se manifiesta preferentemente en las microestructuras del discurso, en los sintagmas, lo que no es privativo de *El Político*.

apriorística de Fernando V; esto es, una biografía en la que se defiende una tesis según un esquema intelectual o racional, previamente concebido. En el intento, Quevedo, Mártir de Rizo, Enriquez de Zúñiga, Mut y otros habían precedido a Gracián. La ventaja del jesuita bilbilitano residía en poseer el esqueleto, esto es, el esquema teórico de *El Héroe*, y dotarle de carne histórica.

Así, Gracián se lanza a una vertiginosa búsqueda de casos históricos con los que ponderar la validez del modelo propuesto. Al respecto, ya nos advierte sobre su libro y la actitud ante la figura de Fernando el Católico (p. 276 a). No se trata de un libro biográfico panegirizante, ni tampoco de una obra de historia, sino que actúa como el introductor de la inducción histórica en la especulación política¹⁵. A su disposición tiene un inmenso bagaje histórico que podrá manipular a su conveniencia para contrastar positivamente con el modelo elegido. Se servirá de Botero, Sedeño, Giovio y un sinnúmero de autores, preferentemente modernos, como proveedores de casos que se ajusten a sus exigencias. Cada uno de estos casos habrá de servir de apoyo a cada una de las cualidades que engalanan al Fernando gracianesco. Apoyo por afirmación o por negación, esto es, por ratificación o por contraste.

Si, como vemos, no se trata de una biografía al uso, en su sentido más historicista, sino de la enumeración de las cualidades de Fernando el Católico con su correspondiente apoyo documental, se comprenderá la actitud de quienes han visto en *El Político* un mero desfile de personajes históricos, portador cada uno de un mensaje que la tradición erudita ha consagrado como específico y diferenciador. Cierta comodidad mental impelía a muchos escritores del siglo xvii a hacer uso de estos clichés que, por su progresiva falta de novedad, se decoloran en el mar de los tópicos. En este sentido, Gracián acude a un modelo literario envejecido, del que tan sólo por su arte, su estilo —lenguaje más pensamiento— consigue trascenderse.

Si el contenido formal es de escasa novedad, sirviéndose de materiales históricos ya deglutidos por escritores precedentes, será su capacidad de síntesis profunda la que articule una idea como la razón de Estado en torno a un modelo "activo", es decir, que pueda estimular alguna conciencia de los adormilados políticos españoles del momento. No es otro el valor paradigmático de Fernando el Católico que el de servir de ejemplo, con la esperanza de una pronta

¹⁵ FERRARI, *op. cit.*, pp. 169-170.

reencarnación en algún español dolido que reivindique grandezas pasadas.

La elección que Gracián haga de los casos históricos —susceptibles algunos de ellos de lecturas implícitas, de la misma manera que podemos hacer una lectura de casos ausentes—, será en función de la acomodación que presenten al sujeto principal de exaltación; no en balde, como agudamente señala Ferrari, una de las singularidades técnicas más acusadas en Gracián reside en el pragmatismo por el encomio¹⁶, según se ajuste a su casuismo¹⁷.

El procedimiento de Gracián es, por tanto, bastante monótono, sin un progreso de la narración que justifique el número de páginas dedicado al tema. El desfile de personalidades históricas que representan un caso particular y concreto —aunque en algunos casos pueda haber polisemia, nunca ésta se presenta con validez simultánea en un contexto determinado—, adheridas a cualidades apriorísticamente fijadas en el modelo fernandino, constituye un motivo nada desdeñable para comprender la atonía en que, dentro del corpus gracianesco, ha caído *El Político*. El asunto está dado sintéticamente en el primer párrafo de la obra anteriormente analizado, constituyéndose el resto del texto en variaciones sobre un mismo tema. Si la comparación musical resulta permitida, podría decirse que nos hallamos ante los *Cuadros para una exposición* de Músorgski como equivalencia. Reunda en beneficio de esta consideración de *El Político*, el hecho mismo de que Gracián le dotara de una estructura quintuplicista con abundante presencia de modelos históricos intercambiables y proyectados sobre diferentes perfiles de Fernando el Católico, al que realzar. Así, la figura histórica de Alejandro Magno, hasta nueve veces evocada, encarna para Gracián al bravo conquistador (p. 280 b), aunque falto de sagacidad (p. 277 a), que emprendió heroicas empresas por necesidad y no por gusto (p. 293 a), siempre presente en las batallas que acometía (p. 294 b), digno émulo de su padre (p. 279 b), caracterizado por su magnanimidad (p. 301 b), disminuido por ciertos defectos de hombre, pero con grandes virtudes de rey (p. 284 b); este proceso comparativo es reiteradamente usado con personajes como César, Rómulo, Carlomagno, Luis XI de Francia, Carlos V, Alfonso V de Aragón, Enrique IV de

¹⁶ *Ibid.*, p. 25.

¹⁷ El casuismo en los tratadistas de política ha sido múltiples veces reseñado. Además de los estudios señalados en la n. 6, puede encontrarse una formulación clara en torno a Gracián en T. TIerno GALVÁN, «Introducción» a *El Político*, ed. y n. E. CORREA CALDERÓN, Madrid, Anaya, 1973, pp. 17-19.

Francia, Semiramis, Francisco I de Francia, Trajano, Felipe II..., así hasta las dos centenas de nombres que desfilan (y que rara vez no se repiten) por las páginas de *El Político*. Y en todos los casos, Fernando el Católico sale con bien de la comparación, acaparando los términos más elogiosos y encomiables para su labor de fundador perfecto de la monarquía española¹⁸. Ante este planteamiento surge de inmediato el temor a la iteración desmedida, a la redundancia sin presencia estética, mera acumulación de casos históricos codificados resueltos por comparación encomiástica. La enumeración y el elogio de monarcas constituye un procedimiento medieval¹⁹, cristalizando en el magnífico poema de Jorge Manrique *Coplas por la muerte de su padre*²⁰ o en su precedente inmediato del *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena.

El propósito formativo de Baltasar Gracián le induce a constantes paralelismos conceptuales, según un esquema escolar harto difundido; tras la enunciación abstracta de la cualidad o propiedad de las que debe revestirse el político, el jesuita aragonés da paso a la concreción de tales exigencias en casos históricos que desembocarán inexorablemente en el realce de la primacía del modelo propuesto. Veamos algún ejemplo: Gracián formula un principio rector de carácter general:

Nunca se ha de entregar todo a un solo empleo, que sería hurtarse a los demás.

Los ejemplos históricos aplicados se abren camino a continuación: Luis XI de Francia y Carlomagno son monarcas que atienden las facetas del buen gobierno; sien embargo, la gradación comparativa asciende hasta su máximo con Fernando el Católico:

En esto fue sagacísimo Fernando, pues llenó a España de triunfos y de riquezas. Peleando en un reino, triunfaba en los demás. Enriqueció a España temporal y espiritualmente. Adelantó la milicia y la justicia; aquélla con ejércitos, ésta con tribunales (pp. 286, b y 287, a).

¹⁸ A propósito del uso de expresiones como «un príncipe perfecto», «un perfecto rey, un máximo monarca», etc., como indicativas del pensamiento graciano en torno a Fernando el Católico, señala HAFER (*op. cit.*, p. 102): «But the frequent use of these terms and of similar hyperbole and certain patterns of expression hold our attention».

¹⁹ Vid. E. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media Latina*, Madrid, F.C.E., 1976, 2.ª reimpr., vol. I, pp. 242-62.

²⁰ Vid. E. CURTIUS, «Jorge Manrique und der Kaisergedanke», en *ZRPh*, LII [1932], pp. 129-152.

Esta disposición de la estructura, desplegada en continuos y pequeños trípticos, contribuye en no poca medida a la monotonía rítmica de *El Político*; el principio teórico de carácter general y abstracto tiene en Gracián el sentido del lema que preside las representaciones de emblemas y empresas, síntesis y anticipo de cuanto a continuación sigue²¹, los ejemplos históricos, con valor de *pictura*, y la plasmación de las virtudes en Fernando el Católico como crisol de fundador de monarquías, la *lectio* de la representación emblemática. Si líneas más arriba señalaba la concepción de *El Político* como tríptico emblemático, ahora podemos percibir la incrustación en esa estructura de elementos que repiten la misma disposición ternaria con valor parcial. Esto es, el tríptico que es *El Político* se constituye de un mosaico de elementos ternarios; de la sucesión de fragmentos surge la compleja totalidad de la obra. La impresión de hallarnos ante un sustrato emblemático puede verse reforzada por el uso que el autor hace de la parafernalia ideográfica de los emblemas y las empresas; así, el águila es usada por Gracián repetidamente, la carcoma, el pavón y otros más.

No obstante, arrastrado Gracián por su voluntad de rigor exhaustivo, incurre una y otra vez en monótonos paralelismos que estiran la escritura más de lo necesario. Veamos nuevamente algunos ejemplos, confrontando el texto en sus diversos fragmentos:

Reinó en creciente de imperio, que ayuda mucho a la plausibilidad de un monarca; depende mucho de la grandeza o pequeñez de un rey del estado de la monarquía: que va mucho del reinar en su creciente, al reinar en su menguante (p. 282, b).

Tienen los imperios sus crecientes y sus llenos; crecen con el valor en sumo; consérvanse con la medianía, la que basta para no declinar —aunque más monarquías perecieron por falta de valor que por su exceso (p. 288, b).

²¹ Así, encontramos abundantísimos lemas («Es el fundador de un imperio, hijo de su propio valor; sus sucesores participaron de la grandeza» —pp. 276b y 277a—, «El amor, o el recelo, paterno es un fatal escollo donde dieron al traste muchos sucesores» —p. 280a—, etc.), algunos de los cuales se constituyen como aforismo sintético de principios enunciados en *El Héroe*: por ejemplo, el primer XVIII («Emulación de ideas», pp. 267a-268a) halla su natural ejemplo histórico en Alejandro, el cual creció «al ruido, no de las fiestas y entretenimientos, sino de las hazañas del rey Filipo, su padre, alimentándose de envidia, saciándose de emulación. Hijo fue del mayor rey de la Grecia, y alumno del mayor filósofo del mundo, para ser el primer monarca magno» (p. 279b); no en vano, Gracián había formulado su lema («De una heroica educación, sale un heroico rey») unas líneas antes.

En otras ocasiones, los paralelismos evidentes pueden establecerse en una relación que une una exposición abstracta y su concreción, páginas adelante, en el modelo:

Fueron comúnmente tan prodigiosos los hechos de todos los fundadores, que las narraciones dellos se juzgaron antes por invenciones de la épica que por rigores de la historia. Los suyos los imaginaron más que hombres, hasta inagurarlos en dioses; los estraños, echando por otro extremo, los tuvieron por héroes fabulosos (p. 276, b).

Exageraron en Fernando algunos ligeros achaques los estranjeros, como interesados... Arguyen todo lo malo, y los españoles le niegan todo lo bueno; aquéllos le acumulan las culpas, éstos le usurpan los aciertos.

Notáronle también los propios algunas faltas, que no demasias. Lo cierto es que lo que en el un reino parecía extremo, en el otro un medio muy ajustado (p. 286, a).

Y, a pesar de lo declarado, Gracián escribe páginas más adelante, incurriendo en pequeña contradicción al separarse de su rigor historicista:

Dos ídolos, dos oráculos de la política veneran los estadistas: a Tiberio, y a Luis; encarecen su disimulación, exageran su artificio; mas yo atribuyo esta reputación de políticos más al comento de sus dos escritores, que fueron Tácito y Comines, que al acierto de sus hechos (p. 288, b)²²

lo que no impide al jesuita quedar "invidiando a Tácito y a Comines las plumas, mas no el centro; el espíritu, mas no el objeto" (p. 276 b). El numen del escritor necesita de la invocación nutricia de sus predecesores en el empeño, lo que constituye un tópico en las introducciones de todos los tiempos.

Todos estos paralelismos conceptuales vienen inducidos, de algún modo, por cierto arranque de carácter próximo al silogismo con que Gracián inicia su panegírico fernandino:

Fundó Fernando la mayor monarquía hasta hoy en religión, gobierno, valor, estados y riquezas; *luego fue el mayor rey hasta hoy.*

Concurrieron siempre grandes prendas en los fundadores de los imperios; que si todo rey, para ser el primero de los hombres, ha de ser el mejor de los hombres, *para ser el primero de los reyes, ha de ser el máximo de los reyes* (p. 276, b).

²² Se refiere Gracián a las obras de Tácito y Ph. de Commines que Lastanosa poseía en su biblioteca, núms. 167 y 264 del catálogo de SELIG (*The Library of Vicencio Juan de Lastanosa, Patron of Gracián*, Genève, Travaux d'humanisme et renaissance, XLIII, 1960).

Dos construcciones de sabor silogístico que presuponen la existencia de un segundo miembro oracional que confirme la validez universal de la propuesta. En este caso, escogido por representativo, nos encontramos ante una redundancia evidente, que establece su correlación deductivamente: de lo particular a lo general. No sorprende el proceder de Gracián, dada su formación escolástica —aunque los escolásticos recelaron de él—.

En niveles sintagmáticos podemos encontrar todo tipo de correspondencias y paralelismos, impidiendo un progreso real del discurso, ya de por sí bastante entorpecido por la acumulación de casos históricos. Su estilo denso y breve²³, el mismo que cautivara al maestro Azorín, se resuelve en continuas yuxtaposiciones de fulgentes sentidos, desplegando toda una variada gama de figuras y recursos puestos al servicio de la sentencia con la que intentará paralizar la mente del lector, primer paso para ganarle y atraerle hacia su causa; su preferencia por las coordinadas adversativas no tienen otro fin que inducir al lector a la aceptación de cuanto el autor escribe, sin mayores concesiones a la libertad de la elección que una proteica realidad histórica ofrecía²⁴. En comprimidas oraciones, Gra-

²³ Sobre el estudio de la prosa gracianesca, abundan los buenos trabajos, como los de COSTER (*art. cit.*), CORREA CALDERÓN (*op. cit.*), R. SENABRE (*op. cit.*), J. M. BLECUA (*art. cit.*), K. HEGER (*Baltasar Gracián, Estilo y doctrina*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1982, reed.), F. YNDURÁIN («Gracián, un estilo», *Homenaje a Gracián, op. cit.*, pp. 163-188), B. SÁNCHEZ ALONSO («Sobre Baltasar Gracián (notas lingüestilísticas)», *RFE*, XLV [1962], pp. 161-225), S. ALONSO (*Tensión semántica (lenguaje y estilo) de Gracián*, Zaragoza, Inst. «Fernando el Católico», 1981), Th. L. KASSIER (*The Truth Distinguished: Allegorical Structure and Technique in Gracián's «Crítico»*, London, Tamesis Books, 1976).

²⁴ El juicio de un lector tan perspicaz como Jorge L. BORGES demuestra la poca estima que sentía por Gracián, precisamente por manipular el pensamiento y ponerlo al servicio de un objetivo frío. De este «Polonio natural», ejemplo normativo «de esa charlatanería de la brevedad» en que se constituye Gracián («La supersticiosa ética del lector», en *Discusión* (1932), recogido en *Prosa completa*, I, Barcelona, Bruguera, 1985, p. 137), BORGES se reafirmaba en su juicio en 1964:

Laberintos, retruécanos, emblemas,
Helada y laboriosa nadería,
Fue para este jesuita la poesía,
Reducida por él a estratagemas.
...Dado a sus temas
Minúsculos, Gracián no vió la gloria
Y sigue resolviendo en la memoria
Laberintos, retruécanos y emblemas.

(«Baltasar Gracián», en *El otro, el mismo*, recogido en *Obra poética, 1923-1977*, Madrid, Alianza Tres/Emecé, 1985, pp. 202-203). Sin duda, el juicio resulta excesiva-

Gracián y su época

cián procurará esencializar hasta la pirueta, deslumbrando la chispa lingüística en un mensaje redundante. La última parte de *El Político*²⁵, colofón de las virtudes y cualidades de Fernando el Católico, constituye el esfuerzo de Gracián por sublimar en breve sentencia la validez del modelo propuesto:

Pero no murió Fernando: que los famosos varones nunca mueren (p. 301, a).

No hay originalidad en el pensamiento de Baltasar Gracián; atento éste a la ocultación de sus fuentes, no puede por menos el historiador de la literatura sustraerse a la irresistible comparación con un modelo sin duda conocido por el jesuita de Belmonte, el universal Jorge Manrique, editado y glosado hasta la saciedad en el siglo xvi. Efectivamente, las *Coplas por la muerte de su padre* suministran a Gracián un esquema más universal y sencillo que las obras de Botero, Giovio y otros tratadistas políticos, con su pesada erudición. Se trata de proclamar la universalidad de Fernando el Católico merced a la validez de sus obras y al recuerdo de sus hechos que permanecen en la memoria histórica. La actividad del monarca aragonés trasciende a la idea de la gloria y de la fama póstumas, actualizándose constantemente por la revivificación en la memoria colectiva, en este caso activada por Gracián. Esta permanencia a través de la fama es reivindicada por Manrique para su padre don Rodrigo:

dió el alma a quien gela dió
(el cual la ponga en el cielo
en su gloria),
que aunque la vida perdió,
dêxonos harto consuelo
su memoria²⁶.

No será preciso recordar que el procedimiento usado por ambos autores es el mismo, aunque cada uno persiga diferentes objeti-

mente duro y cargado de animosidad, ya que en Gracián casi siempre hay una estrategia, pero en la defensa de sus ideas existe una razón apasionada, una escritura caliente, alejada de la frialdad de la que se le acusa; el hecho de que Gracián sea un escritor cerebral no significa que esté presente la frialdad y el distanciamiento que Borges percibe.

²⁵ Me refiero al quinto miembro de la estructura quintuplicista señalada por FERRARI (*op. cit.*, p. 304) y acogida por BATLLORI y PERALTA en su edición (pp. 301a-302a).

²⁶ Copla XL, en *Poesía*, ed. J. M. ALDA TESÁN, Madrid, Cátedra, 1978, p. 163.

vos; ni que Gracián estira la lista de ejemplos históricos. Ambos pretenden asentar un modelo de comportamiento, y al servicio del fin ponen su arte y su erudición. No significa esto que en Gracián dejen de operar, ni muchísimo menos, los precedentes señalados por otros eruditos, sino que el modelo manriqueño, más íntimo y próximo, prestó al jesuita un esquema encomiástico de permanente actualidad y contundente efectividad.

Si nos centramos en el ritmo de su prosa, observaremos una proclividad a la bimembración, diseminando paradojas conceptuosas por doquier, gustosas a la literatura sentenciosa y apotegmática:

Se han de criar los propios hijos, como extraños; y los extraños, como propios (p. 279, b).

Los romanos conquistaron lo más y lo mejor del mundo, y él sujetó a los romanos (p. 277, b).

Sin embargo, la bimembración más característica de la prosa de *El Politico* es aquella que se forma sobre la yuxtaposición, en acumulación de parejas:

La capacidad constituye personas, la incapacidad monstruos; aquélla un César, que funda la monarquía; ésta un Galieno, que la pierde; aquélla alienta un Ciro a las gloriosas fatigas; ésta, un Darío al ocio y al descanso; y así, de la una brotan prendas en Pelayo, de la otra siniestros en Rodrigo; de la una hazañas en Rómulo, de la otra abominaciones en Tarquino (p. 289, b).

Sin embargo, como recurso, la *amplificatio* graciana no retrocede ante acumulaciones sintagmáticas de todo tipo. Nos encontramos ante lo que Dámaso Alonso denomina "sintagmas no progresivos"²⁷, fenómeno que recorre con intensidad la prosa de gran número de nuestros escritos áuricos, desde fr. Antonio de Guevara²⁸ a Baltasar Gracián. En el texto que nos ocupa, la plurimembración no conoce límites, hallándose acumulaciones de cuatro, seis y hasta siete miembros:

El verdadero Hércules fue el Católico Fernando, con más hazañas que días; ganaba a reino por año, y adquirió: 1. — por herencia el de Aragón, 2. — por dote el de Castilla, 3. — por valor el de

²⁷ *Seis calas en la expresión literaria española*, en colaboración con C. Bousoño, Madrid, Gredos, 1963; *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid, Gredos, 1966⁵.

²⁸ *Vid.* Luisa LÓPEZ GRIGERA: «Algunas precisiones sobre el estilo de Antonio de Guevara», en *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, III, Madrid, Gredos, 1975, pp. 299-315.

Gracián y su época

Granada, 4. — por felicidad la India, 5. — por industria a Nápoles, 6. — por religión a Navarra, y 7. — por su grande capacidad todos (p. 292, b).

No obstante, la acumulación quintuple —como reflejo de la estructura quintuplicista ya reseñada— tiene presencia abundante y sistemática en *El Político*:

Todos los hazafiosos príncipes, y que obraron grandes cosas, asistieron en persona a las empresas. Desta suerte el Magno Alejandro, en diez años: 1. — allanó la Grecia, 2. — sujetó la Persia, 3. — domó la Citia, 4. — disfrutó la India y 5. — conquistó el Oiente, llenando el mundo de terror y la posteridad de fama. El famoso César *consiguió cinco triunfos*: 1. — el gálico, sojuzgada la Francia, conquistada la Britania, enfrenada la Germania; 2. — el alejandrino, oprimido Tolomeo, 3. — el africano, derrotado Juba, 4. — el pónico, humillado Farnaces, 5. — el hispánico, extinguidas las reliquias de Pompeyo (p. 294, b)²⁹.

Como característica de esta construcción quintuple puede señalarse la tendencia de Gracián a considerar el último miembro como colofón y síntesis de los cuatro miembros precedentes, realizándose como cierre contundente de la construcción:

1. — las del valor fueron plausibles en Carlos quinto; 2. — las de la justicia, urgentes en Filipo segundo; 3. — las de la religión, gloriosas en Filipe tercero; 4. — las del gobierno, heroicas en Felipe cuarto el Grande; y 5. — *todas juntas*, en Fernando (p. 293, a).

El [Fernando el Católico] la hizo [a España]: 1. — valerosa...; 2. — majestuosa...; 3. — rica...; 4. — sabla...; 5. — *finalmente*, feliz en todo género de perfección y de cultura (p. 300, a y b).

Seguir extrayendo casos sería ocioso, dada su abundancia y representatividad. Con los ejemplos recogidos puede hacerse el lector de Gracián una idea de su proceso escriturario. Podemos concluir que, dado lo magro del asunto estudiado por Gracián y las constantes acumulaciones de que se sirve para su fin didáctico, resulta inevitable incurrir en una cierta monotonía que le conduce a reiteraciones de todo tipo, incluso algunas de éstas pueden deberse a un error del autor, arrastrado intelectualmente por un torrente de casos

²⁹ Extrema la disposición quintuple llegando a la imbricación, quintuplicando el último miembro, como ocurre en *El Héroe*: «1. — Toda la casa de v.m. [V. J. Lastanosa] es un *non plus ultra* del gusto; 2. — su camarín, alcázar de la curiosidad; 3. — su librería, esfera de la agudeza; 4. — su jardín, elíseo de la primavera; 5. — y, toda junta, el teatro de 1) la escultura, 2) de la pintura, 3) de la antigüedad, 4) de la preciosidad y 5) de la fama» («Dedicatoria de la edición de 1637 de *El Héroe* a don Vicencio Juan de Lastanosa», ed. BATLLORI y PERALTA, p. 242).

históricos que le hace perder la noción de las figuras históricas ya mencionadas³⁰. Junto a las plurimembraciones quintuples, el ritmo binario es notable en nuestro buen aragonés, con preferencia por el enfrentamiento de sus términos, dando origen a oraciones *sincótilas*³¹. Si observamos todo este conjunto de agregaciones e interacciones en un diseño en tríptico, sin desechar la estructura quintuple superpuesta, podremos comprender la confusión a que ha inducido la construcción de *El Político* en algunos eruditos, percibida como mero ensartamiento de casos y ejemplos históricos. Dada la afición graciana a la ocultación, la andadura de ese modelo histórico en que se constituye Fernando de Aragón se produce por vericuetos de difícil percepción, aunque el entramado sobre el que se produce la proyección intelectual se nos presenta nítido como todo el pensamiento de Baltasar Gracián, en el que la complejidad es aparente y no superficial, como percibe Borges.

³⁰ La repetición innecesaria se produce, por ejemplo, en la quinta y última parte, concebida como sublimación del monarca aragonés, y en donde Gracián pretende condensar todavía más (y, en cierto modo, maniqueamente) la mayoría o todos los casos históricos hasta entonces utilizados en *El Político*, reiterando los ejemplos de Constantino y de Enrique VIII de Inglaterra (p. 301 a y b) como monarcas que dejaron entre sus contemporáneos mala fama.

³¹ Término botánico que denomina a la planta o al embrión dicotiledóneo en que ambos cotiledones aparecen soldados, al mismo tiempo que diferenciados.